
El caso
del coro
JOSE MARIA DIEZ-LOBATO
Vision Libros

EL CASO DEL CORO

EL CASO DEL CORO

José Maria Diez Lobato

Vision Libros

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2012 EL CASO DEL CORO
© José Maria Diez Lobato

© 2012 Editorial: Vision Libros
C/ San Benito, 15, Local. 28029 - Madrid. España
Web: www.visionlibros.com / Tel.: 0034 913 117 696

ISBN: 978-84-9011-654-8

Disponible en papel y ebook
www.visionnet-libros.com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:
subscripción@visionnet.es

Capítulo I
El Coro

El frío era intenso, por las aceras de la ciudad no se podía transitar debido a la hojarasca que la inundaba. El invierno golpeaba a la puerta con la intención de entrar, solamente quedaban dos días para el cambio de estación. Se puso ropa de abrigo y una bufanda rodeando el cuello, y se dirigió a la misa de una, como solía hacer todos los domingos cuando estaba en casa. Según se acercaba a la parroquia, notaba que había más gente de lo común que iba en su misma dirección. Al llegar cerca de la entrada, una importante cantidad de automóviles intentaba meterse en el recinto de la iglesia. "¿Qué pasa aquí?", se preguntó dubitativo.

Tomó la entrada que subía al coro para evitar la aglomeración de la gente, todo estaba lleno. El público se arremolinaba a un lado del coro para ver a los tenores que, en ese momento, entonaban música religiosa. Todos, en silencio, escuchaban la bella canción "En el Nombre del Señor". Con dificultad, encontró un sitio de pie desde donde podía ver a los cuatro cantores acompañados por un organista que hacía las veces de director. La misa empezó nada más que los cantores enmudecieron. Se puso de puntillas para poder ver el altar y al sacerdote que daría la misa ese domingo. Le extrañó ver a tres curas: el párroco, el diacono y el subdiácono. Eso quería decir que era

una misa solemne, no una normal de domingo. En ese momento pensó que debía haber alguna celebración especial que él no sabía. Miró a su alrededor con la intención de preguntar a alguno de sus compañeros del evento religioso.

Hacía cerca de un mes que no pisaba la iglesia. El trabajo se lo impidió, ya que la mayor parte del tiempo estuvo en Barcelona y Roma presentando el libro de su amigo Casals junto con el cónsul italiano y la editora en estas dos ciudades. Verdaderamente, todo fue un éxito. La sala del Hotel Reina Sofía estaba a tope, igual que ocurrió posteriormente en el Gran Hotel Badiglioni de la Ciudad Eterna.

A su lado, una mujer joven con un niño de cuatro o cinco años, intentaba escuchar a los sacerdotes a pesar de que el niño no paraba de moverse de un lado para el otro. A su derecha, una mujer mayor rezaba el rosario sin poner atención a los sacerdotes. Más allá, en dirección al coro, un hombre alto con gafas y bigote, se tocaba continuamente la nariz prominente como si tuviera un tic nervioso. Delante, otro hombre con su familia puso su dedo en los labios dirigiéndose a los tres niños, ya adolescentes, para que se callaran. El hombre no le era desconocido. Recordaba que varias veces había coincido en las misas de otros domingos. Una vez que llegó el momento de la Eucaristía, el órgano sonó al tiempo que un solo de tenor entonaba: "El Panis Angelicus" Extrait de la Messe Solennelle, par L. Michelot. Todos los presentes sintieron una emoción difícil de explicar. Cuando el tenor subió al máximo su voz, se oyó un grito desgarrador entre el público que estremeció a los allí presentes. El hombre que estaba cerca de él, también de pie en la fila anterior, cayó fulminado

a los pies de su familia con un puñal manchado de sangre clavado en su espalda. Toda la iglesia se quedó en silencio. El párroco que daba la misa y sus dos sacerdotes, miraron hacia arriba con sus rostros asustados. Un murmullo corrió por toda la iglesia. Una voz alta y profunda, exclamó:

—¡Han matado a un hombre! Avisen a la policía.

Inmediatamente, mirando al caído, encendió el móvil y llamó al 112.

—¡Ha habido un asesinato en la iglesia de los" Infantes", vengan enseguida!

—Ahora vamos —contestó el policía—, que nadie toque el cuerpo, y tampoco salgan de la iglesia.

El párroco suspendió la misa y subió para ver qué había pasado. Al comprobar que el hombre podía estar muerto o moribundo, se arrodilló y, haciendo la señal de la cruz, le dio la extremaunción, diciendo:

—Todos tus pecados serán perdonados, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Inconscientemente, dirigió la vista hacia sus compañeros de misa y vio que el hombre alto del bigote no estaba. Siguió buscando, por si se encontraba en otro lugar, pero nada, había desaparecido; justamente podía ser el verdadero testigo presencial del hecho.

En la iglesia todo era un desbarajuste. La gente se apilaba a la puerta de la bajada del coro para salir de aquel lugar maldito, con perdón, al ser una iglesia. Tuvo que hacer un esfuerzo para que le oyeran.

—¡Todos deben permanecer en su puesto hasta que llegue la policía!

El párroco apareció con varios policías, uno de los presentes dijo en voz alta:

—¡Aquí está la víctima!

Los policías se acercaron al cuerpo y, el que parecía el jefe, tocó con sus dedos la zona de la garganta donde se puede apreciar el pulso.

—Está muerto —dijo—. ¿Le conocían ustedes? —preguntó dirigiéndose al cura.

—Por supuesto —dijo el sacerdote, señalando a sus familiares, que estaban llorando a su lado—. Era el señor Puente Arias, un buen feligrés y una personalidad dentro la política del anterior régimen.

—Bien, ¿quién ha sido el que nos ha llamado?

—Yo, Carlos Domínguez —respondió en el acto.

—Gracias, señor. ¿Alguien ha visto lo que ha pasado para que nos pueda conducir a la autoría del crimen? —todos permanecieron en silencio.

—Yo estaba cerca, en la parte izquierda —contestó—, justamente, al lado de esta señora; y al otro lado había un hombre alto con bigote y mucha nariz, que se encontraba detrás de la víctima. He estado mirando y no le he vuelto a ver desde entonces.

—¿Y usted, señora...?

—Emmy Dalton, soy la mujer del ex-ministro Garcés-Escobar. Yo no vi nada, solamente puedo decirles que el hombre que estaba a mi lado llegó empujando para colocarse en el sitio que quería, ya que todo estaba lleno. Lo que sí recuerdo es que era un hombre alto y bastante desagradable por el ruido extraño que hacía con la nariz, como si respirara mal.

—Entonces, ¿le vio la cara?

—Nada más lejos de la verdad, como pueden apreciar, soy una mujer baja y él era muy alto; aunque hubiera querido, me habría sido imposible.

—Perdone, señora Garcés-Escobar, a lo mejor puede recordar algo que nos dé alguna pista. Tengo entendido que, en ese momento, cantaba el tenor Giuliano y todo el mundo le estaba mirando. Y quizás es posible que usted o él hicieran algún movimiento para verse…

—No lo creo, si algo recordara, con gusto se lo diría.

—Bien. Entonces ruego que a los que estaban más cercanos a la víctima, se queden donde están; los demás pueden bajar a la planta inferior, donde la policía les tomará sus datos. Usted, señor Domínguez —ordenó mirándole—, la señora Garcés-Escobar y la familia del finado, vengan con nosotros a la habitación contigua.

Desde que salió de casa para ir al oficio religioso, hasta que volvió, pasaron cerca de tres horas. Durante este tiempo la policía no hizo más que hacer preguntas que él no podía contestar. Buscaban alguna pista por donde empezar su investigación. A última hora, llegó su viejo amigo, el inspector jefe Fernández, que al verle, le saludó afectuosamente. Le repitió lo mismo que había contado a sus compañeros. Entonces dijo:

—Todos los que estaban al lado de la víctima, pónganse a un lado y faciliten su nombre y dirección al inspector Ordoño, y les citaremos próximamente. Usted, Carlos, si no le importa, puede venir mañana

a mi oficina a eso de las diez de la mañana; y usted —mirando a la señora del ex-ministro— deberá también estar allí para hacer una declaración oficial. Después iremos al departamento de investigación de la policía científica, que con su ayuda haremos el retrato robot del hombre del bigote.

—Por mi parte, estoy a su disposición —confirmó.

—¿Y usted, señora, tiene algún inconveniente?

—Ninguno, pero preferiría que me recogieran ustedes, así no tengo que molestar a mi marido.

—No se preocupe, a las diez de la mañana un coche oficial pasará a recogerla.

Cuando volvió a casa, su mujer estaba dando el pecho a su pequeña hija.

—¿Dónde has estado? —le inquirió— Ya son más de las cuatro y estoy hambrienta.

Le fue contando lo sucedido. Ella le miraba con los ojos que parecían salirse de las órbitas.

—¡Qué barbaridad! Si el asesino ha cometido el crimen en una iglesia, que no hará en otros lugares. Tú le viste, ¿verdad? —le preguntó.

—Solamente de lado, que yo recuerde, no miraba a nadie. Parecía un tipo raro por el tic de sus manos tocándose la nariz, que era bastante grande.

—Esperemos que no se haya fijado en ti, si no, podríamos tener problemas.

—No lo creo, por si acaso, andaré con cuidado, no debes preocuparte.

Aquella tarde del domingo se quedaron en casa debido al mal tiempo, dibujó un plano del interior de la iglesia y colocó en su sitio a los personajes cercanos a la víctima. En el dibujo, apareció destacado el hombre del bigote con nariz prominente. Igual hizo con la víctima, señalizando el sitio y la parte del cuerpo donde tenía clavado el cuchillo.

Llevaban casados cerca de tres años. Una vez que acabó la carrera de Historia del Arte, decidió hacer la de Superior Universitario en Detective Privado, que era lo que verdaderamente le gustaba, a pesar del costo que esto le suponía, ya que su única fuente de ingresos, por parte de él, era la del taxi, y ella era dependienta en una boutique de moda. Siempre le apoyó con todas sus fuerzas para que hiciera esa carrera, aunque fuera a costa de aplazar la boda un par de años, según decía ella, se adaptaba a sus cualidades y a su propia personalidad, y no había que desaprovecharlo. Pronto se dio cuenta de que, realmente, eso era lo que deseaba y que la decisión tomada fue la correcta. El Derecho Procesal Penal, las asignaturas de Medicina Legal y Ciencias Forenses, y en especial la Criminología, le entusiasmaron hasta el punto de que Mónica decía que había encontrado la horma de su zapato. No estaba equivocada, los cerca de tres años que duró hacer la carrera pasaron rápidos y sin ninguna dificultad. Esto le llevó a que entrara en un mundo nuevo, donde los profesores y compañeros, muchos de ellos policías de alto grado o gente importante de grandes empresas interesados en conocer lo que se escondía en las mentes del ser humano, le ayudaron el día que decidió montar su primer despacho de Detective Privado. Recordaba el primer caso de robo de obras de arte, que vino recomendado por uno de sus compañeros que trabajaba como Director

Comercial de una importante empresa, a cuyo gerente le habían desvalijado la casa, llevándose obras de arte de gran valor. Como historiador de arte, había estudiado bastante lo relacionado con artistas, pintores o escultores, tanto del renacimiento como de las épocas más antiguas, incluso de antes de Cristo, lo cual influyó para que le dieran el trabajo.

Uno de esos días, el gerente, Mr. Williams, llegó a su despacho desecho por lo ocurrido. Casi con lágrimas en los ojos, le rogó que hiciera todo lo posible para encontrar a los ladrones, e hizo énfasis en el busto egipcio del periodo Ptolemaico, antes de Cristo. Decía que la transacción de esa escultura tan antigua le llevó mucho tiempo y dolores de cabeza hasta que la consiguió.

—Y ahora ya ve usted, unos maleantes que, seguramente, no entienden absolutamente nada de arte, se lo llevan para venderlo a cualquier marchante sin escrúpulos que les pagará cuatro perras por esta obra tan importante —añadió.

Éste fue su primer trabajo, el cual finalizó con éxito y le llevó a lo alto de su profesión. Hasta el punto de que la prensa y la televisión hablaron sobre él, como el autor que descubrió el robo en un almacén de las afueras de Pinto. En este caso, la policía, empezando por el inspector Fernández, le ayudó; ya que, sin ellos, hubiera sido difícil dar con los ladrones. Tanto a él como a la policía, le pareció que esos vulgares delincuentes tenían que tener una mano negra que fuera la cabeza de ese robo. Uno de ellos confesó que eran unos mandados, que les habían encargado este trabajo, pero que no conocían a la persona que les ordenó dar el golpe, debido a que el pago fue hecho

por anticipado y dejado en una bolsa con el dinero en el kilómetro 10 de la general de Andalucía.

Las investigaciones le llevaron a una tasca del barrio de Tetuán donde se reunían algunos delincuentes que aceptaban contratos para cometer sus fechorías. El contratante de este caso era un marchante catalán que había ofrecido las obras robadas a un coleccionista español afincado en Miami que, a su vez, había anticipado a cuenta parte del dinero a la vista de las fotografías mostradas de las obras de arte. El comerciante aseguró que todo era legal, cuya propiedad era de varios de sus clientes. En este trabajo la prensa hizo una importante labor, ya que el coleccionista se enteró por los periódicos españoles que llegaban a Miami y fue cuando denunció la estafa.

Respecto al asesinato del coro de la iglesia, era algo que le incumbía directamente; él estaba seguro de que el hombre del bigote narizudo, al desaparecer, tenía mucho que ver, si no, ¿por qué se fue tan rápidamente? Por su parte, estaba totalmente dispuesto a colaborar con la policía y así se lo hizo saber cuando fueron a la Comisaría General de la Policía Científica.

El retrato robot se adaptó perfectamente a lo que él había visto de perfil, del resto de la cara no lo pudo asegurar, pero los expertos hicieron todo lo posible, por medio del programa Facette, hasta dar con una buena identificación del sujeto. La señora del exministro Garcés-Escobar, mantuvo lo que dijo en la iglesia y no pudo ayudar en nada.

La policía le facilitó un informe completo de la víctima. Por lo visto, era un hombre importante muy relacionado en las altas esferas, tanto en la política

como en lo civil. Vivía en una mansión en una zona de lujo y, asiduamente, acudía a la iglesia con su hija menor, que vivía con ellos.

A los pocos días del hecho, su secretaria le anunció una llamada telefónica del abogado, señor Riestra, que le pidió una cita para hablar de algo importante. Quedaron citados al día siguiente a la una en su despacho.

El abogado fue puntual. Lola le anunció que el señor Riestra, acompañado de varias personas, había llegado y estaba en la sala. En ese momento estaba despachando un caso de presunto divorcio con un cliente que le había enviado el abogado Martínez. Ya estaba acabando, cuando una mujer exaltada irrumpió en el despacho, a pesar de los esfuerzos de Lola para retenerla. La mujer se dirigió como una fiera hacia el marido portando una pistola. Cuando iba a disparar, la secretaria la cogió por la espalda y, haciéndole una llave, la desarmó y la tiró al suelo. La mujer intentaba deshacerse de Lola, pero ésta la tenía bien sujeta. Entonces el investigador intervino.

—Llamaré a la policía, esto no se puede consentir —declaró mirando al marido—. Su mujer está completamente loca.

Cuando iba a coger el teléfono, su cliente dijo:

—Espere un momento, Sr. Domínguez, yo lo arreglaré.

—Pero, señor mío, ¿qué puede arreglar usted con una mujer que estuvo a punto de matarle?

—Lo entiendo, pero, por favor, déjeme que hable con ella; mi mujer, como usted sabe, está enferma.

Yo pensaba que seguía en la clínica, igual que usted, ¿no es vedad?

—Efectivamente, eso creía —aclaró—, y así se lo puse en el informe que usted recibió hace unos días.

El marido se acercó a ella y, quitando las manos de la secretaria, dijo:

—No te preocupes, pequeña, todo va bien. Mi amigo, el señor Domínguez, te quiere ayudar y por eso estamos reunidos.

La mujer le miró dubitativamente y echó a llorar en el hombro del marido. Cariñosamente, la tomó de la mano y, acercándose a una de las butacas, se sentaron.

—¿No ves, querida? Este señor es nuestro amigo y hará todo lo posible para que te recuperes.

Ella le miró fijamente y gritó:

—¿Qué dices, cabrón? Este señor es tu compinche que pretende meterme en el sanatorio de por vida, así tú harás lo que te plazca con mi dinero, una vez que te libres de mí.

Las palabras de la mujer le dejaron dubitativo. Según las investigaciones que había realizado, ella era la heredera de un importante conglomerado de empresas en donde trabajaba el marido. Si las palabras de la mujer eran ciertas, tendría que indagar más para conocer qué había de verdad en todo aquello y qué ocultaba el marido. Por otro lado, pensaba que volvería a la clínica para hablar con los médicos que la asistían. Se acercó al matrimonio y, tomando del brazo a la mujer, dijo:

—No se preocupe, señora Matos, yo solamente deseo ayudarles para que resuelvan sus diferencias.

—¡Ah!, ¿sí? Entonces, investigue a este cabrón —repitió otra vez— que tengo por marido.

—Vamos, no hagamos esperar a tus padres —declaró el hombre nervioso. La tomó del brazo y salieron, no sin antes hacer un movimiento con la cara dirigida al detective en señal de paciencia.

Una vez que se fueron, Lola volvió acompañada del abogado, Señor Riestra, y de varios familiares del fallecido, Señor Puente Arias. Uno a uno, el abogado fue presentando a los hijos del finado. Eran cinco, tres hombres y dos mujeres, todos iban vestidos con traje negro en señal de luto por su padre. Una vez hechas las presentaciones, uno de los hermanos dijo:

—Señor Domínguez, tanto nuestro abogado como la policía, nos ha dado buenas referencias de usted como detective serio y eficiente.

—Gracias por esta deferencia —dijo—, yo solamente procuro hacer mi trabajo.

—Bien, continúo. Como verá, yo soy el mayor de esta familia con la que la desgracia se ha ensañado. Todos los aquí presentes, y especialmente mi madre, deseamos que se averigüe con todas las consecuencias el asesinato de nuestro padre en la iglesia del Infantado. Curiosamente, usted estuvo en el lugar de los hechos y sabe de primera mano lo que sucedió.

—Así es, señor… es verdad que estuve a menos de dos metros de su padre —aclaró el señor Domínguez—, y de algunos de sus familiares. Como ustedes sabrán por la policía, detrás de él se encontraba un

individuo que desapareció a los pocos segundos del crimen. Por más que intenté buscarlo en la iglesia, no hubo forma de encontrarle. Presumo que éste pudo ser el asesino, si no, ¿por qué no da la cara? Quizás ustedes me puedan decir algo que yo no conozco.

—Nada podemos decirle. Nuestro padre siempre fue un libro abierto para nosotros, y creo que también para la gente que se encontraba a su lado. Son muchas las empresas que él dirigía y, como usted puede suponer, siempre puede haber alguno que no esté de acuerdo con sus decisiones.

—Lo comprendo, es normal que eso ocurra. Pero, dígame —preguntó mirando a la familia—, ¿alguno de ustedes conoce a este hombre? —y sacó la fotografía robot que confeccionó la policía.

—No, señor, ya nos la mostró el inspector jefe Fernández.

—Sí, supongo —contestó—, pero… hay algo que no me encaja: Matar en un lugar religioso, justamente en el momento de la consagración y cuando el tenor elevaba la voz a su máxima potencia, ¿es que él sabía de antemano lo que iba a ocurrir en el momento del oratorio? Si así fuera, el asesino es alguien cercano a la iglesia y que debió estar en los ensayos que, según el padre Alberto, fueron el jueves anterior a la misa.

—Nos gustaría darle alguna pista, señor Domínguez, pero nada sabemos. Por nuestra parte —declaró mirando a sus hermanos—, tiene carta blanca para investigar dentro de nuestras empresas. Aquí tiene una relación de todas ellas. Como podrá comprobar, algunas están domiciliadas en países extranjeros. Próximamente le daremos una relación de todas las

actividades de nuestro padre y autorización suficiente para buscar en los archivos de todas sus empresas, como también para entrar o salir a su antojo y preguntar a quien crea conveniente de entre los empleados de las mismas. Dentro de unos días le enviaremos la autorización y, referente a los honorarios, puede poner la cantidad que considere conveniente; sabemos que es un hombre honrado y cobrará lo justo. Deseo añadir que, si descubre al criminal, recibirá una prima importante.

Cuando se fue la familia Puente Arias, cogió la lista que le entregó el hijo mayor y la fue leyendo por si tenía algún contacto.

—¡Asombroso! —exclamó.

El grupo estaba formado por dieciocho empresas de distintos ramos, desde constructoras hasta empresas de alimentación. Muchas de ellas eran conocidas, ya que cotizaban en bolsa. Se fijó en las que estaban domiciliadas en el extranjero: dos en México, una en los Estados Unidos y otra en Inglaterra. Por un momento, le vino a la mente el hombre de la iglesia: un tipo raro, podía ser de cualquier país, y con tantas empresas, el trabajo iba a ser duro y costoso. Llamó a Lola y cambió impresiones con ella, entonces le puso en antecedentes de lo hablado con la familia.

—Por mi parte, haré todo lo que pueda —dijo ella—, si tiene que ir al extranjero, no sé inquiete, la agencia seguirá su trabajo y, entre Nicolás y yo, atenderemos con la mayor eficacia a nuestros clientes.

—Por supuesto, de eso no había ninguna duda. Lo único que me preocupa es que les dejara demasiado

trabajo. Si fuera necesario —dijo—, contrataría a alguien para que les ayudara, por ejemplo, a Torcuato.

—Si se refiere al muchacho que está estudiando para investigador, que le acompañó la semana pasada a Valencia y que está deseoso de ganar algo de dinero para vivir mientras estudia, parece un buen chico y bastante inteligente.

Miró la hora y dijo:

—Tengo que ir a casa, y de paso visitaré la iglesia para hablar con los curas —antes de salir llamó a Mónica para indicarle que iría a comer a casa.

Cuando llegó a la iglesia, las puertas estaban cerradas. Casualmente, en ese momento salía uno de los curas.

—Buenas tardes, padre —le saludó sonriente—. Si no molesto, me gustaría hablar con alguno de ustedes sobre la tragedia del asesinato de la familia Puente Arias, soy el investigador contratado por la familia…

—¡Dios nos libre!, ¡qué desgracia! —exclamó el cura santiguándose sin dejarle acabar de hablar— Ahora tengo que salir urgentemente, volveré dentro de un par de horas, pero puede pasar, se lo ruego, mis compañeros están dentro; cualquiera de ellos le puede informar sobre lo ocurrido.

—Muchas gracias, padre —contestó—. Prefería hablar con usted primero, luego, si fuera necesario, vería al resto. Ahora iré a casa y volveré dentro de dos horas.

—Como usted lo desee, entonces, luego nos vemos.

Se quedó pensativo y decidió dejar el coche en el recinto de la iglesia y fue andando hasta su casa. Nada más abrir la puerta, oía a su hija llorar. “Pedirá el pecho”, se dijo, “es una niña muy tragona, siempre tiene hambre”.

Capítulo II
La Investigación

Cuando volvió a la iglesia, el padre le estaba esperando.

—Pase a mi despacho y hablaremos más tranquilos. Por favor, siéntese. Usted dirá en qué puedo ayudarle.

Observó al padre antes de empezar a hablar, por el movimiento continuo de los dedos, podía apreciar que estaba intranquilo. El sacerdote vio la mirada del investigador fija en sus dedos y juntó las manos para que no notara su nerviosismo, entonces dijo:

—La familia Puente Arias ya me informó de que le había encargado la investigación del asesinato del padre, Don Rodolfo; que sea usted el elegido, me ha alegrado mucho, al ser miembro de nuestra comunidad. Nosotros debemos mucho a esa buena gente que tanto hace por nuestros misioneros en África y Sudamérica. Esperamos que lo encuentre y que el criminal pague su culpa.

—Gracias, padre —dijo sonriendo—, tenga seguro que se hará todo lo que se pueda. Ahora, dígame, ¿recuerda si este hombre —sacando el retrato robot— estuvo alguna vez en esta parroquia?

Lo miró con detenimiento al tiempo que decía:

—La policía ya estuvo hace unos días y nos enseñó el retrato. Todos lo vimos y ya le dijimos que, para nosotros, era totalmente desconocido. Espere un momento, que voy a llamar al hermano Suárez, que no estaba ese día y, a lo mejor, puede decir algo, ya que él siempre está en la casa y conoce a todo el mundo; lo que él no sepa… —el padre se levantó y fue en su busca. A los pocos minutos apareció acompañado del hermano.

El hombre entró y se quedó de pie mirando al investigador.

—El hermano Suárez y yo ya nos conocemos, ¿verdad? —dijo mirándole con la sonrisa en los labios.

—Sí —contestó muy serio—, no sabía que usted era investigador. Si en algo puedo ayudarles, cuenten conmigo.

—Ya lo sé —confirmó—, ¿recuerda si alguna vez vio a este hombre en la iglesia?

Tomó el retrato y se quedó pensativo. El hombre se pasó una mano por la cara y, con la mirada en la lejanía, dijo:

—No sé, quizás le haya visto, su cara no me es desconocida, pero ahora mismo no le puedo decir nada, ya que no tengo seguridad.

—No se preocupe, hermano. Le dejo la fotografía y, si recuerda algo, me llama a este teléfono y vendré enseguida —antes de irse le dio la mano y se despidió de él.

Al quedarse solo con el párroco, éste volvió a tamborear sus dedos sobre la mesa.

—No dije nada al oír hablar al hermano —aclaró el párroco—, pero yo que le conozco bien, creo que en los próximos días le llamará; para mí personalmente, este hombre es muy inteligente, y si él dice que su cara no le es desconocida, es que le ha visto en alguna parte. Siempre he dicho que si el hermano Suárez hubiera hecho la carrera de sacerdote, habría llegado a obispo, pero en esos pueblos en plena montaña de León, de donde es él, el invierno es muy crudo, las grandes nevadas dejan a esas comarcas incomunicadas. Hace unos días falleció su hermano y no pudo llegar al funeral por la nieve, que dejó los caminos intransitables; tuvo que permanecer dos días hasta que las máquinas quitanieves abrieron el paso. Afortunadamente, no lo enterraron hasta que llego él. El frío mantuvo el cuerpo incorrupto.

—Sí, conozco bien esa provincia —aclaró—, tiene unas montañas y barrancos que no envidia a los más bellos paisajes alpinos.

—Tiene usted razón, es una zona maravillosa.

—Bien, padre, ya le he molestado bastante. Pronto nos veremos, como todos los domingos, si estoy en Madrid.

—A su mujer sí la suelo ver bastante, aunque últimamente la veo menos, debe ser difícil para ella asistir debido al bebé. Mi enhorabuena por su vástago, si no le he felicitado antes, pero con tantas obligaciones, no damos abasto. El otro día, recuerdo que vino con su hija, cuando hicimos el pequeño rastrillo de los domingos. Por cierto, es una niña muy guapa.

—Gracias, padre, siempre la tengo en el pensamiento.

El párroco no estaba equivocado, a los pocos días, el hermano Suárez le llamó por teléfono. Quedaron en verse en la iglesia al día siguiente, a eso de las cuatro de la tarde. Cuando llegó estaba esperando en la puerta.

—Si no le importa, iremos al comedor —rogó el hermano—, y le diré lo que sé, pero creo que no merece la pena.

—Bueno, nunca se sabe, quizás a mí me valga.

Entraron en el comedor y se sentaron en un extremo de la mesa de tres o cuatro metros de largo. El hombre sacó un pañuelo y se lo pasó por la cara.

—Perdone, pero he estado recogiendo la mesa y todavía estoy sudando.

—Lo comprendo, no se preocupe. Ahora, por favor, diga qué sabe de ese hombre —le preguntó mirándole a los ojos.

Se guardó el pañuelo y dijo:

—El jueves anterior a la misa solemne, un hombre entró en la iglesia a eso de las ocho de la tarde, cuando los tenores estaban ensayando el concierto que se iba a celebrar ese domingo. Me extrañó por su forma de comportarse, como si nunca hubiera estado en esta casa. Miró de un lado para otro como buscando algo. Cuando me iba a acercar para preguntarle qué deseaba, dio la vuelta y salió rápidamente de la iglesia.

—¿Y usted cree que es el mismo de la fotografía?

—Al principio, cuando usted me la enseñó, no estaba seguro, pero después de dar vueltas a mi cabe-

za… recordaba que los últimos domingos, un hombre alto, delgado, con bigote y nariz prominente, se encontraba por los alrededores observando a la gente que entraba en la iglesia los domingos para ir a misa. Me pareció un tanto extraño que esta persona apareciera siempre en los días festivos, y se me ocurrió vigilarlo. Nunca entraba, siempre estaba en la calle. Desde el día del crimen, no lo he vuelto a ver, y al enseñarme el otro día el retrato robot, me pareció que éste y el extraño hombre de los domingos, alto, con mucha nariz, podían ser el mismo. Pero, ya le digo, son todo conjeturas, no puedo asegurar que sea el mismo.

—Gracias, hermano, pienso que no está muy equivocado con su hipótesis. Ahora bien, ¿por qué cree usted que ese hombre vigilaba la iglesia solamente los domingos? ¿Y por qué también le vio la semana del concierto, cuando ocurrió el crimen?

El hermano le miró fijamente con la duda en la cara.

—No lo sé —dijo repentinamente.

—Sí lo sabe, hermano, o por lo menos lo piensa igual que yo —aclaró el investigador. Ese hombre estaba preparando algo, por eso venía solamente los domingos, que es cuando la víctima iba a la iglesia, esperando mejor ocasión para asesinar al señor Puente Arias. Pero el asesino pensó que el día del concierto no faltaría y estuvo vigilante hasta que le vio aparecer con su familia y subir al coro. El asesino le siguió y, cuando le vio colocado, se acercó a él por detrás, con la idea fija de matarle nada más que tuviera ocasión. Por esa razón empujó a la señora de al lado, esperando el momento oportuno.

—Pero, señor Domínguez, ¿no le parece también extraño que le matara justamente cuando el tenor subía la voz? ¿Es que él conocía esta obra?

—Es posible, ¿no me comentó usted antes, que un hombre alto estuvo en la iglesia uno o dos días antes del ensayo?

—Es cierto, por lo menos, yo lo vi —contestó el hermano—, aunque sí puedo decirle que hubo más personas presenciando el ensayo; pero verdaderamente yo estaba en mis cosas y no presté mucha atención a esa gente. Quizás pudo ir otras veces y no lo vi. También pudo cambiar su fisonomía y entrar en cualquier momento en que la iglesia está abierta, para conocerla mejor.

—Usted lo ha dicho —dijo muy serio—, tuvo que haber algo de eso, no hay otra explicación. Es demasiada casualidad que le clavara el cuchillo cuando el tenor llegaba al máximo de su voz.

—Es posible, señor, yo soy un pobre hombre de iglesia que procura amar a todo el mundo y estar a bien con Dios.

—Ya lo sé, hermano, aunque no lo crea, nuestra conversación me ha sido provechosa. Seguramente tendremos que volver a vernos. Por si acaso, esté atento por si oye hablar a alguien de esta congregación sobre el particular.

—Estoy a su disposición, señor. Puede contar conmigo, si me entero de algo, se lo haré saber.

Volvió a la oficina, Lola le entregó un sobre de la familia Puente Arias. Al abrirlo, había varios documentos en los que le daban la relación de las empre-

sas del grupo y el nombre de sus directores generales. También le adjuntaban un poder autorizándole a entrar, salir, preguntar e inspeccionar de arriba abajo cualquier departamento que fuera de su interés. En el mismo sobre había un cheque de veinte mil euros con una nota que decía: "*Para los primeros gastos. Suerte".*

Tomó el cheque bancario y lo guardó en su caja fuerte, pensaba que era mucha la responsabilidad que caía sobre sus espaldas. Era un caso difícil y no sabía por dónde empezar, se veía dando palos de ciego.

Ese día, a última hora, se reunió con su ayudante y con Lola. Les puso en antecedentes sobre el asunto y decidió contratar a Torcuato para que les ayudara en la investigación. Se hicieron copias del retrato robot para que se mostraran en hoteles, aeropuerto y en cualquier lugar que pudiera ser de interés.

Durante varios días, todos trabajaron sin descanso sin conseguir ningún fruto. A la vista de las circunstancias, empezó a visitar las empresas del grupo; desgraciadamente, a quienes consultó, le dijeron que no lo habían visto en su vida.

El fin de semana, sus suegros les invitaron a su casa, querían ver al nieto y a su hija. Como conocía bien a su suegro, sabía que eso no era todo, y que deseaba sonsacarle sobre el caso que llevaba, y así lo demostró durante la comida, en la que continuamente le preguntaba sobre las pistas que tenía.

—Querido, Carlos —le llamaba cariñosamente—. Me gustaría ayudarte y ya he empezado a enseñar el retrato a mis viejos colegas del taxi. Hasta ahora no sé nada, pero como este hombre haya cogido uno de cualquier compañía, me lo dirán, el retrato se ha

extendido como la espuma en este gremio, en el que casi todos nos conocemos.

—Pero, suegro —le dijo con la sonrisa en los labios—, en Madrid hay quince mil taxis y treinta o cuarenta mil conductores, entre propietarios y empleados, quizá más; es imposible que todos estén al tanto.

—No te preocupes —contestó—, todo se andará; ya sabes que mis relaciones con este gremio, después de cuarenta años, son muy importantes. Te repito que, si este hombre ha cogido un taxi en mi ciudad, yo me enteraré.

Acabaron de comer ya mediada la tarde, después de servir copas a los amigos de la familia de Mónica, que se presentaron sin que nadie les invitara. Enseguida comprendió que los amigos no habían venido por casualidad, sino que estaban enterados, por su suegro, de que irían a comer a su casa. Curiosamente, todos estaban al tanto del asesinato del coro y de que él era su investigador, y se pasaron toda la velada hablando de lo mismo. De los veinte que se juntaron, cada uno de ellos daba su opinión. La mayoría pensaba que el asesino era un mandado con la orden de matar a ese importante empresario.

Verdaderamente, él no descartaba ninguna de las opiniones de esos trabajadores del taxi, hombres que habían pasado la mayor parte de su vida en al volante escuchando y conociendo a gente muy variopinta. "¿Quién mejor que ellos...", pensaba, "... se encontraba capacitado para conocer al ser humano?".

Cuando ya iban a salir, se presentó el inspector jefe Fernández, lo cual le sorprendió, y entonces dijo:

—Pero… jefe, ¿a qué se debe esta visita? Viniendo a esta su casa, es que ha ocurrido algo importante.

—No se puede decir que sea importante, pero quería hablar contigo y fui a tu casa. Tu portero me dijo que estabas comiendo en casa de tus suegros y aquí me tienes, lo que no esperaba es que estuviera tan concurrida. Ya veo que todos son viejos amigos, la mayoría de ellos nos conocemos después de tanto tiempo, ¿no es verdad, Nacho? —dijo mirando a uno de ellos que estaba a su derecha.

—Así es, inspector jefe, todos somos casi familia después de tantos años trabajando en esta ciudad.

—Ni que lo digas, ¡cómo pasa el tiempo!, y tenemos la suerte de volver a encontrarnos. Supongo que ya te habrás jubilado, igual que tu primo, ¿verdad, Anselmo?

—Sí, afortunadamente, a todo ser viviente le llega su hora. Supongo, inspector, que a usted no le quedará mucho, tengo entendido que los polis se jubilan antes que la mayoría.

—No siempre es así, a mí me quedan todavía cerca de diez años para "pelar la pava" y tomar vacaciones perpetuas al sol. En este país hay demasiado delincuente, y ahora, con tanto extranjero, no damos abasto con el trabajo.

Uno a uno, los amigos fueron saliendo. Una vez que se quedaron solos con la familia, el inspector dijo:

—Tengo algo que decirte sobre el presunto asesino de la iglesia.

—¿Es posible que sepa algo?

El inspector miró a los reunidos, en especial a su suegro, que tenía la mirada fija en el policía.

—No mucho, pero creo que es mejor que estemos solos, esto es cosa nuestra y a ellos no les interesa.

—¡Claro que nos interesa, jefe! —declaró el padre de Mónica— Todos estamos al tanto de este desgraciado hecho y deseamos que se aclare de la forma más breve posible.

—Sí, ya sé que todos ustedes quieren hacer el trabajo que nos corresponde a nosotros y a su yerno, y no deseo que alguien se meta donde nadie le llama y tengamos que acudir en su ayuda.

—Tiene razón el inspector, si no les importa, pasaremos a la habitación contigua.

—¡Menos mal! —exclamó—, ya estamos solos. No esperaba que vinieran todos los del gremio, pero ya sabe cómo es mi suegro. Desde que abrí el despacho, no para de preguntarme los asuntos que llevo. Y mi mujer va a la zaga, creo que cuando pueda dejar el niño con alguien de confianza, la tengo en el despacho —el policía sonrió ante sus palabras.

—Bueno, eso es normal. Seguramente, te vendrá bien una ayudita.

—Bueno, inspector, vamos a lo nuestro, ¿es que ha descubierto quién es el presunto asesino?

—Amigo Domínguez, ya sé que estás buscando pistas por todas partes sin que hayas conseguido nada —dijo el inspector Fernández.

—¿Cómo lo sabe usted? —le preguntó.

—Sencillamente, que mis hombres están enterados que tanto tú, como los empleados a tu cargo, no dejan "títere con cabeza" yendo de un lugar a otro, y eso me parece muy bien, y, si no me equivoco, lo que he dicho es cierto, ¿verdad?

—Bueno, tanto como eso... algo sabemos, piense que acabamos de empezar y éste parece un asunto bastante complicado.

—Bien, muchacho, a lo mejor te puedo echar una mano.

—¿Es que sabe algo sobre ese hombre? —le miró dubitativo.

—Es posible. El día de autos un individuo alto, con en el pelo blanco y andar ligero, nos llamó la atención al mirar las cámaras del AVE Madrid-Barcelona, justamente a las dos horas de cometerse el asesinato. Sacamos unas copias y estuvimos estudiando al sospechoso. Los peritos de la policía me aseguraban que el aspecto de la cara no correspondía, por la edad, con el pelo blanco mal peinado, mejor dicho, mal colocado. Me aseguraban que llevaba una peluca, por la raya perfecta y el pelo tan apelmazado. Hemos comprobado que, cambiando el pelo a como figuraba en el retrato robot, era el mismo tipo de la iglesia.

—¿Podía ver esa cinta, inspector?

—Sí, me gustaría. Si quieres, vamos a mi oficina y la vemos.

—Un momento, creo que nos debería acompañar un hermano de la iglesia para que nos dé su opinión.

—¿Un hermano?

—Sí, inspector, él sabe más de su aspecto que todos nosotros.

El policía se quedó mirándole sorprendido, hasta que empezó a contar la conversación con el religioso. Una vez que hubo acabado, se levantó diciendo:

—Mañana les espero a los dos en mi despacho a las nueve de la mañana.

—Haré todo lo posible —confirmó—, pero yo no sé si este hombre tendrá algunas obligaciones y no podrá asistir.

—Eso es cosa mía, ahora llamaré a la iglesia y ordenaré al párroco que mañana ponga a mi disposición al hermano; enviaré un coche para que le recojan a las ocho, no tengo mucho tiempo. Despídeme de tu familia.

Una vez que se fue el inspector, se quedó pensativo. Estaba impaciente por ver la cinta sobre el hombre del AVE. Hasta ahora no tenían ninguna pista y quizás esta nueva información le ayudaría. Todavía faltaba visitar las empresas del grupo, en donde podían sacar algo.

Salieron de casa del suegro tarde, ya que tuvieron que esperar a que el bebé se despertara y tomara el pecho de la madre. Mónica le miraba con ojos inquisidores, esperando que le contara lo que había hablado con el inspector. Como ya la conocía y notaba que se estaba poniendo nerviosa, dijo:

—Todavía no hay nada que contar, mañana iré a la Dirección General, el inspector tiene que enseñarme una cinta sobre un sujeto que puede ser el hombre que busco.

—¿Es posible, Carlos?

—No lo sé —contestó—. Ahora mismo estoy igual que tú, ya es hora de que aparezca alguna pista que vaya aclarando este suceso.

Esa noche no durmió bien, entre la niña, que se despertaba cada vez que tenía hambre, y los sueños bastante desagradables, le dieron la noche. A las siete de la mañana ya estaba levantado. Esperó a que se despertara Mónica para desayunar juntos. Cuando salió de casa eran las ocho y media, y a las nueve había quedado con el policía.

Nada más llegar a la Dirección General, el policía de la entrada le pidió la documentación, y al ver su nombre dijo:

—El inspector jefe le está esperando en su oficina de la planta segunda, allí una policía le acompañara al despacho.

—No es necesario, conozco el lugar.

Al entrar, el hermano Suárez y el inspector estaban mirando una fotografía. Al verle aparecer el policía dijo:

—Vamos al cuarto de proyección para que vean la cinta del día del asesinato.

El hermano le miró y no dijo nada, fueron detrás de él. Bajaron dos plantas, en una de las habitaciones les indicó que entraran. Nada más pasar, el inspector jefe dijo:

—Alfonso, proyecte la cinta del AVE.

Se sentaron en unas butacas bastante cómodas. Se apagaron las luces y enseguida se inició la pro-

yección. Se veía a la gente en la estación ir de un lado para otro, la mayoría con sus maletas. Cuando llegó el momento del control de entrada en la vía de Barcelona, ordenó al cámara parar la proyección. Un hombre alto con gabardina blanca aparecía en la imagen.

—¿No les recuerda al hombre de la iglesia? —preguntó mirando a ambos.

El hermano Suárez mostró su sorpresa sin saber qué contestar. Carlos permaneció callado, la imagen que veía no tenía nada que ver con el hombre que recordaba.

Al ver la cara que ponían, el policía sonrió diciendo:

—Sigan mirando. ¡Alfonso! —llamó por su nombre de pila al encargado de la cámara—, continúe un poco más y vuelva cuando le pierda de vista, y así, hasta que yo le diga.

Durante un rato estuvieron observando el movimiento de la cámara, entonces, el hermano Suárez exclamó:

—¡Su forma de andar me lo recuerda, juraría que también tiene los pies planos, igual que el otro, solamente que éste es viejo y el otro no!

El inspector se levantó sonriente y dijo:

—Alfonso, muestre la fotografía ampliada, retocada con bigote y la nariz prominente de ese hombre —en ese momento, el mismo individuo apareció en la pantalla—. ¡Fíjense en la cara, no tiene arrugas!, se ve que es una persona joven. Para que vean lo que puede cambiar con una simple peluca.

—Por lo que yo deduzco —comentó Carlos—, nada más cometer el asesinato, salió en dirección a la estación. Eso quiere decir que tendría coche o tomaría un taxi.

—Todo es posible —declaró el inspector—. También podía tener un compinche que le estuviera esperando en su coche, porque, como pueden observar, la ropa que lleva en la estación no es la misma de la iglesia.

—De eso estoy seguro —declaró Carlos—, recuerdo que llevaba algo oscuro, más bien un chaquetón o un abrigo.

—Entonces todo es verosímil —dijo el inspector—, porque, como se puede ver, lo que lleva en la estación es una gabardina clara; eso quiere decir que alguien le esperaba en un coche con una pequeña maleta, que es la que aparece en la pantalla. O, también, que la hubiera comprado en su huida, o que su gabardina fuera reversible, por un lado abrigo y por el otro gabardina. Puede haber hipótesis para todos los gustos.

—Es cierto, todo nos lleva a deducir que sí podía haber un cómplice, pero yo no lo creo. Tampoco descarto que tuviera su propio coche y lo hubiera dejado en el aparcamiento de la estación, todo es posible, jefe.

—Eso pronto lo sabremos, daré orden de que se vigile el aparcamiento durante unos días.

—¿Se sabe cuándo adquirió le billete hacia Barcelona?

—Sí, Carlos, lo compró en el momento de llegar, eso también lo hemos comprobado. La empleada de